

ROBERTO GENOVESI

LA  
MANO  
IZQUIERDA  
DE  
SATANÁS

Título original: *La mano sinistra di Satana*

Primera edición: 2014

© 2012 Newton Compton editori s.r.l.  
© traducción: Miguel Ros González, 2014  
© de esta edición: Bóveda, 2014  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
[www.editorialboveda.com](http://www.editorialboveda.com)  
ISBN: 978-84-15497-67-7  
Depósito legal: SE. 1529-2014  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

## PRIMERA PARTE

I .....	13
II .....	31
III .....	45
IV .....	63
V .....	69
VI .....	79
VII .....	89

## SEGUNDA PARTE

I .....	101
II .....	113
III .....	123
IV .....	129
V .....	147
VI .....	157
VII .....	163

## TERCERA PARTE

I .....	173
II .....	181
III .....	197
IV .....	207
V .....	217
VI .....	223
VII .....	229
VIII .....	241
IX .....	247

CUARTA PARTE	
I .....	259
II .....	265
III .....	271
IV .....	285
V .....	295
VI .....	307
VII .....	313
QUINTA PARTE	
I .....	319
II .....	333
III .....	343
IV .....	349
V .....	355
VI .....	361
VII .....	373
VIII .....	381
SEXTA PARTE	
I .....	401
II .....	411
III .....	421
IV .....	429
V .....	437
VI .....	449
AGRADECIMIENTOS.....	469
BIBLIOGRAFÍA .....	471

*Let me tell you a story to chill the bones [...]  
I was rambling enjoying the bright moonlight gazing up  
the stars [...]  
They took me to an unholy place  
And that is where I fell from grace [...]  
Then they summoned me over  
To join in with them  
To the dance of the dead.*

IRON MAIDEN



# PRIMERA PARTE

Londres, 1888

*In the streets of London  
Not long ago in a time  
The same gaslight to light your path  
Would leave shadows to hide the crime...*

TOWN PANTS





## I

**L**A CARROZA SE DETIENE DE GOLPE. LA SACUDIDA ME arranca del duermevela. Abro la puerta para mirar afuera. Todavía es temprano, pero el aire cálido de un verano obstinado, que no quiere ni oír hablar de marcharse de Londres, casi me deja sin aliento.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunto irritado.

—La calle está cortada. —Apenas si logro reconocer la voz del cochero entre el vocerío que se ha levantado de repente alrededor de la carroza. Bajo, ahogando una imprecación. Atravesar Whitechapel para ganar tiempo me hará llegar tarde a la cita.

Los caballos piafan nerviosos ante una aglomeración de personas que parecen querer meterse a la fuerza en uno de los callejones. Suspiro y miro a mi alrededor. Conozco de memoria estas calles. El vicio desconsiderado de las noches de un tipo sin blanca.

Un policía que parece salido de la nada se adelanta. Se detiene junto a la carroza.

—No podéis pasar por aquí —le dice al cochero—, por lo menos hasta que no se vaya el médico forense.



—¿Qué diablos ha pasado? —pregunto, asomándome.

—Ah, sois vos, no os había reconocido.

—¿No podéis ordenar que se muevan? Solo para dejarnos pasar. Voy con un retraso de mil demonios. —Lejos de ser una mentira, la mía no es más que una simple previsión.

—Lo siento. Hemos recibido la orden de aislar la zona.

Lo observo unos segundos buscando la forma idónea de convencerlo pero sé que no lo conseguiría. Conozco las reglas. Asiento y, desconsolado, vuelvo a subir a la carroza. Durante un instante mi rostro se refleja en el cristal de la puerta. Piel aceitunada, salpicada por tonos ocre en los pómulos y la frente. Ojos vivos, azules, algo nerviosos, y sobre ellos dos cejas espesas con forma de medialuna. Nariz curvada, parecida a un tajamar listo para ser lanzado contra las olas. Una cabellera rala y pajiza, con algún que otro tono plateado esparcido sobre la frente amplia, que asoma bajo el bombín negro, apenas apoyado en la cabeza. Donde terminan las dos espesas patillas color grano, las finas comisuras del labio superior se arquean ligeramente formando lo que podría parecer una sonrisa forzada. La barbilla redonda cierra la circunferencia de una cara regordeta y sin arrugas, a pesar de que la década de los treinta años ya esté quedándose a mis espaldas.

Las voces se vuelven cada vez más agitadas. La confusión me importuna.

—¡Wilfred Gayborg! —una voz abaritonada se eleva sobre todas las demás—. No imaginé encontrarte

aquí, profesor. ¿Por fin te has decidido a cambiar de trabajo?

—Una mano rolliza abre la puerta. Me encuentro frente a un hombre mofletudo y de piel clara que luce un bigote cuidado y un mechón de pelo rebelde. Sus ojos, de mirada penetrante y nerviosa, esperan mi reacción.

—Abberline —digo yo, saludándolo con el mismo sarcasmo—, pensaba que seguías en el *pub* celebrando tu promoción.

—Fue en febrero, Gayborg. Te lo tengo dicho: de tanto estudiar dagas y escudos medievales perderás la noción del tiempo. Pero bueno —añade con una sonrisilla—, gracias por la enhorabuena. La acepto aunque llegue con retraso.

Frederick George Abberline es uno de los mejores investigadores de Scotland Yard. No se casa con nadie y es obstinado cual perro rabioso enganchado a una pantorrilla. Hizo carrera muy rápido y desde febrero es inspector de primera clase. No puedo decir que tengamos una relación idílica, y el que le hayan asignado el distrito de Whitechapel ha convertido nuestros encuentros en algo demasiado frecuente. Sobre todo tras la puesta de sol.

—¿Cómo tú por aquí a primera hora de la mañana? Estoy acostumbrado a encontrarte por la noche —me inquieta, aprovechando mi silencio.

—Y si además de darte la enhorabuena te felicito, ¿me dejas pasar? Llevo mucha prisa.

—¿De qué te estás ocupando esta vez? ¿Una vieja heredera estrangulada en la torre de un castillo? ¿O se trata de un escriba egipcio ahogado en el Nilo? —Se ríe, socarrón. Por suerte el ruido me impide escuchar el resto.

—¿Y tú?

El inspector se vuelve y señala el callejón.

—Esta noche se han cargado a una de tus amiguitas. Cerca del matadero de Buck's Row. Un tipo que estaba yendo al trabajo ha encontrado el cuerpo en el callejón y ha avisado al agente de ronda. Parece que también le han cortado el cuello —añade, casi complacido.

—¿También? —pregunto, procurando esconder toda mi preocupación. La mente ya vaga a otro sitio. A un rostro. A un nombre. A un perfume.

—El forense aún está recogiendo pruebas, pero parece que el asesino se lo tomó con calma.

—¿Quién es la víctima?

—Mary Ann Nichols. ¿La conocías?

Los músculos del cuello se relajan. El corazón deja de golpear contra el esternón.

—No, no la conocía. Probablemente la habré visto alguna vez, pero...

—Pero es demasiado vieja para tu gusto, ¿verdad? Tú las prefieres más jóvenes.

—Abberline levanta una ceja. Si mi respuesta no le gusta dejará las ruedas de la carroza clavadas al adoquinado el resto del día.

Me encojo de hombros.

—Felicidades, Abberline. Y ahora, ¿me dejas pasar? —El inspector cierra la puerta de la carroza y me guiña el ojo.

—Una pena. Esperaba tener ya al culpable en el bolsillo. —Luego llama al agente que nos había detenido—. Echa a patadas a esos catetos y quítame de en medio esta carroza. Luego encárgate de que nadie más se atreva a me-

ter las narices o te mando a dirigir el tráfico de Piccadilly —el policía asiente consternado y echa mano del silbato. Poco después la carroza retoma su curso, abriéndose paso entre las dos alas del gentío.

—Adiós, Gayborg —la voz de Abberline parece querer empujarme lejos de allí—, y dale recuerdos de mi parte a Tutankamón cuando lo veas.

Me despido de él sacando la mano por la ventanilla, como si tuviese que espantar un insecto molesto. Los edificios oscuros y fuliginosos desfilan ante mí mientras la carroza, por fin, abandona ese bocado de infierno arrancado del resto de la ciudad. Buck's Row es una calle estrecha y mal iluminada hasta la primera luz del alba, flanqueada por almacenes y habitaciones alquiladas por horas, por cuyas ventanas nadie osa asomarse nunca por miedo a ser reconocido. Nadie pudo ver morir a esa mujer. Nadie habría podido ayudarla, ni siquiera aunque hubiese gritado a voz en cuello en esa jungla de ladrillos. La jungla en la que vive también ella. Una puta más de entre las muchas que he conocido. Pero la única en la que no puedo dejar de pensar. Jacqueline...

—Vale, pero ¿cuál es tu verdadero trabajo? ¿No querrás hacerme creer que te pagan por descubrir quién mató a un cruzado? ¿Y que lo consigues tocando el mango de su espada?

—Se llama empuñadura, no mango. Las sartenes tienen mango.

La chica me mira fijamente, desconcertada. Parpadea un par de veces con esas largas pestañas negras. Resulta

ta evidente que se espera una respuesta más convincente. Yo me limito a asentir. El Támesis es una tabla gris que refleja la oscuridad de la noche, y los ojos azules de la chica parecen ser la única fuente de luz en muchas yardas a la redonda.

—He tenido muchos clientes estrambóticos, pero me faltaba uno como tú.

Veo sus manos levantarse como los bordes de un manto de seda blanca. Doy un paso atrás, justo a tiempo para evitar el contacto.

—No —susurro—, espera. —Observo los guantes que aferro entre los dedos—. Antes me los tengo que poner.

La joven hace un imperceptible gesto de rabia.

—¿Crees que tengo alguna enfermedad? ¿Te parece sucia?

—No, no es eso...

—Jacqueline. Me llamo Jacqueline. Ya ni siquiera te acuerdas de mi nombre.

—Escucha, Jacqueline —intento convencerla con un tono de voz tranquilizador, pero mientras acabo de ponerme los guantes—, no puedo tocarte sin ellos.

Se echa a reír. Pocos golpes en el tímpano. Nítidos. Fuertes. Profundamente sensuales.

—Es solo una excusa, ¿verdad? ¿Es que no te gusto lo suficiente?

—No es eso, querida. Te lo aseguro. Pero si mis manos te rozan siquiera, creo que no podría... no podrías...

Lo primero que me ha chocado de ella es el color de su piel, perlado, traslúcido. Y ese contraste con una casca-

da de larguísimos cabellos azabache. Y también esa forma de expresarse, insólitamente refinada para tratarse de una prostituta.

Se percata de que aún estoy estudiándola y se pone rígida. Veo que aprieta los puños junto a las caderas. Y retrocede.

—No hace falta que me impresiones con tus absurdidades. No soy tu novia bonita, so petimetre. Me basta con tu dinero.

Inclino la cabeza y suspiro. Me paso las manos enguantadas por el pelo, que parece capturar los reflejos de la luna como una red de pescador.

—Vale, ¿cuánto te debo?

La chica parece sorprendida de mi docilidad. Ladea la cara para escrutar mejor al cliente que, imagina, se le está escapando. Luego sonrío como una niña.

—Espera. No quería... —Esta vez dejo que sus dedos me rocen la cara y sigan el contorno de la barbilla. Luego los siento posarse sobre los labios. Con un arrebato que no puedo prever me agarra del brazo y tira de mí dócilmente—. Ven —dice, conduciéndome hacia una pila de cajas amontonadas a la buena de Dios—, aquí está más oscuro. Nadie nos molestará. —Se desata el corpiño dejando ver, bajo los reflejos del río de Londres, dos pequeños senos blancos. Observa mis manos—. Ahora puedes tocarme, ¿no? ¿A qué esperas? —Esta vez los dedos no titubean. Están protegidos. También la protegen a ella. De mí.

Apenas siento la diferencia entre la carne y el tejido. La piel de los guantes es una barrera que no sé si bendecir o maldecir cada vez.

—¿De verdad podrías leer mi alma? —me pregunta algo dubitativa.

—No, pero podría leer tus recuerdos. Y no sería agradable. Para ninguno de los dos.

Cierra los ojos, como resignada.

—Te decepcionarían. Yo no tengo recuerdos de los que merezca la pena acordarse. Mi padre era médico y, cuando mi madre murió, consideró que la mejor forma de cuidar de mí era tenerme con él en el hospital. Pasé buena parte de mi infancia viendo bisturíes que se hundían en cuerpos roídos por el sufrimiento. Hasta que le tocó a un retoño de la alta sociedad que no resistió las heridas y el coñac que mi padre se había pimplado antes de ponerse a trabajar. Su familia puso una demanda y en poco tiempo me encontré en la calle, sin casa, con un padre que había perdido el juicio y una hermana pequeña de la que cuidar. Es todo lo que verías, nada más, nada mejor.

No reacciono. Ni siquiera sé por qué me está contando esta historia.

Luego se sobresalta. La sorpresa y el miedo se reflejan en sus pupilas. Una figura inmóvil se recorta a contraluz en la bruma de los muelles. Quién sabe cuánto tiempo llevaba observándonos.

—Vos —dice, al verse descubierta—, vos sois el profesor Gayborg, ¿verdad? —Su rostro de cervatillo vaga indeciso. Jacqueline aún no ha podido volver a ponerse la ropa. Antes de que le dé tiempo la silueta sale de la niebla con paso reacio. Jamás había visto una monja tan joven.



Observo una vez más la cara de rasgos orientales reflejada en el espejo. Saco el reloj del bolsillo con un gesto automático. La cadena de plata tintinea queda al rozar los botones del chaleco. He llegado con más de dos horas de retraso y quien me ha invitado ha decidido que me las haría pagar: en efecto, llevo más de cincuenta minutos esperando en esta enorme sala silenciosa, con seis candelabros y un espejo gris como única compañía, a que alguien venga a explicarme por qué la madre superiora del convento de las monjas de Santa Camila quiere verme. Durante un tiempo creí que ese encuentro increíble entre los vapores del muelle no tendría una continuación. Sin embargo, esta mañana un recadero me ha entregado en mano un nuevo mensaje de la madre Immanuela, estando yo en mi casa de Exhibition Road. Un estudio con baño donde duermo de cuando en cuando, las veces que no logro encontrar un camastro más cómodo. Gracias al buen hacer de mi padre, pude matricularme en la Universidad de Liverpool y licenciarme en Fisiología, aunque, por culpa del color de mi piel, hasta hoy me ha servido de poco. Así que, gracias a algunas amistades, consigo ir tirando impartiendo cursos de Antropometría a los policías que aspiran a entrar en Scotland Yard.

Nunca he estado en un convento de monjas católicas. En Londres y sus alrededores hay verdaderamente pocos. Sin embargo, la novedad no me transmite ninguna sensación particular. Habida cuenta de mi sólida formación protestante, me habría esperado una sensación de repulsión o, cuando menos, difidencia. En cambio, no siento nada de eso. Evidentemente, mi mitad indoiranía

reprime la sensación de superioridad de la sangre anglosajona. O a lo mejor solo estoy cansado y deseando dar mi típico paseo nocturno. Por la noche Whitechapel es mi reino, y sus mujeres la linfa que me convence para seguir con vida.

Vuelvo a meter el reloj en el bolsillo y, en ese momento, la cerradura de la puerta a mis espaldas se abre educadamente.

—¿El profesor Wilfred Gayborg? —pregunta una voz femenina.

La monja se acerca lo suficiente para permitirme distinguir los rasgos de su rostro a la luz de las velas. Leo en sus ojos marrones un titubeo apenas disimulado.

—Soy la madre Immanuela, la superiora de este convento. Disculpadme si os he hecho esperar más de lo debido —sigue mintiendo, sin preocuparse demasiado por ocultarlo—, pero la misa vespertina prevé una preparación larga y meticulosa. —Me señala la puerta por la que ha entrado y se encamina hacia ella. Sus maneras son inusitadas para tratarse de una religiosa, pero tienen el efecto de hacer que me sienta menos cohibido.

La sigo y salimos de la sala. En el largo pasillo, cuyo final no logro ver, me espera una novicia con una lámpara de queroseno.

—Chiara nos mostrará el camino —dice la monja. La novicia capta una orden en esas palabras y se encamina por el pasillo con paso silencioso.

—¿Vos sois un investigador? —pregunta más tarde la superiora, intentando distinguir la expresión de mi mirada en la penumbra.

—En absoluto —replico—. Soy un asesor de la Policía, pero no soy médico ni mucho menos detective. En pocas palabras, intento enseñarle a mis estudiantes los patrones somáticos y emotivos que impulsan a matar, usando como ejemplo episodios criminales del pasado lejano. Muy lejano, diría yo.

La monja sonrío con malicia.

—¿Enseñáis esas cosas a los policías? Así que sois mejor que ellos.

—Puede que solo sea afortunado. Tengo el color de piel equivocado, no soporto ver la sangre y no sé disparar. Podría haber sido mayordomo... o cura. —Me quedo en silencio—. Me pregunto cómo puede seros útil una persona como yo.

La monja sonrío.

—Me han dicho que fuisteis alumno de *sir* Oliver Lodge y de *sir* Francis Galton.

La novicia se detiene ante una escalera de caracol construida con losas de piedra que se adentra en la tierra. La madre Immanuela coge el quinqué de sus manos.

—Gracias, Chiara. Puedes irte.

La joven se esfuma a nuestras espaldas. Sigo a la monja más anciana escaleras abajo.

—*Sir* Lodge me pagaba los estudios universitarios en Liverpool y, a cambio, yo le echaba una mano en el laboratorio.

—Así que fuisteis su alumno. Me han informado bien. Esperad... ¿cómo llamaban los periódicos a vuestros, es decir, a *sus* experimentos? Criptestesia pragmática, sí, eso era.

—Psicometría, es más fácil. Sin embargo, mi experiencia con el profesor Lodge terminó hace ya muchos años, y la colaboración con *sir* Galton se debió a que era amigo de mi padre, que me recomendó para hacer prácticas en su laboratorio.

La monja permanece unos segundos en silencio.

—¿Habéis puesto alguna vez a prueba vuestras facultades? —me pregunta luego a quemarropa.

—No me gusta llamarlas facultades, pero la respuesta es sí, claro. La experimentación es el primer paso de la investigación.

Cuando llego a la fuente de luz me encuentro en una sala excavada en la piedra, húmeda y fría. Cuento tres filas de arcos sostenidos por columnas con un diseño heterogéneo. A primera vista parece una antigua cripta protocristiana. Una treintena de pasos más adelante, al final de la fila central de arcos, se entrevé un altar de piedra sobre el que se erige un elegante crucifijo de madera tallada. No veo bancos ni sillas. A la derecha, casi en el centro de la cripta, se distingue una fuente de luz que no proviene de las lenguas de fuego naranja de las antorchas fijadas a las paredes.

—Esta es la capilla subterránea donde antaño se celebraban la misa vespertina y las vísperas matutinas —dice madre Immanuela, trazando un semicírculo en el aire con el quinqué—, y esta es la tumba de sor Lucia. —Atraviesa toda la cripta, dirigiéndose precisamente hacia la luz que he notado. Vuelvo a seguirla y me encuentro ante un sarcófago rectangular de mármol blanco, encajado en un nicho excavado en la pared. Junto a otros muchos. Dos can-

delabros los custodian, a ambos lados, cual centinelas inmóviles. De lo alto descende una rosa de hierro forjado. Cada pétalo esconde una vela encendida. Sobre la tumba, solo una inscripción: el nombre de la monja, la fecha de nacimiento y la fecha de defunción.

Saco el reloj del bolsillo. Son casi las cuatro de la tarde.

—Me gustaría poder deciros que tengo todo el tiempo del mundo, madre. Pero se está haciendo tarde.

—Esta cripta es de época cisterciense —comienza la monja, sin prestar atención a mis palabras—, pero las columnas se remontan al siglo VIII después de Cristo. Se dice que un rey vikingo las mandó traer aquí tras convertirse repentinamente. En 1692, gracias a los fondos de un rico mercader emigrado a Londres junto con toda su familia, sobre la cripta se construyeron los muros de un convento de monjas católicas para satisfacer las peticiones de las comunidades italiana e irlandesa de la ciudad. Un pequeño enclave en el corazón del protestantismo anglosajón. —No logro contener un bostezo—. Veo que os estoy aburriendo, intentaré hacer más interesante la historia. Al menos para alguien como vos. —Se acerca con paso lento. Luego, de repente, deja caer el quinqué, poniendo en peligro mis zapatos. Retrocedo un par de pasos, sorprendido.

»Sor Nunziata fue asesinada justo aquí. Primero degollada con un cuchillo de carnicero y luego descuartizada en cuatro partes. Sor Immacolata, en cambio, fue ahorcada, a ver... —se gira para iluminar las columnas—, sí, creo que aquí. Ataron la cuerda a la antorcha, pero el peso no logró doblar el gancho, porque la parte inferior del cuer-

po fue hallada sobre el altar. —Se mueve, acercándose al gran crucifijo—. Sor Rosaria y sor Immota fueron colocadas aquí en posición fetal, con el estómago abierto y las entrañas entrelazadas, formando una especie de cruz celta. —Entonces se detiene y busca mi complicidad.

—Una cruz cristiana sobre la que se dibuja el círculo pagano de la unidad del mundo —respondo—, el símbolo que utilizó san Patricio para convertir a las gentes de Irlanda.

La madre Immanuela aprieta los labios con satisfacción y me hace un gesto con la mano. Se detiene bajo el rosetón y mira la tumba de sor Lucia.

—El asesino dejó su firma justo en esa pared. La trazó con el fémur de una de las monjas asesinadas, después de bañarlo en su sangre. Solo escribó *martyr*. Es latín, pero el significado se puede intuir fácilmente.

—Mártir —repito mirando en derredor, como despistado. Luego lanzo a la religiosa una mirada interrogativa, pero ella me precede.

—Todo ocurrió en mayo de 1790. Lo que sé lo he sacado de recortes de periódico y de lo que queda de los informes de la gendarmería. Quiero que descubráis qué fue lo que pasó. Y si detrás de toda esa sangre está la mano de un ser humano o del demonio.

Sonrío y sacudo la cabeza. Abro los brazos.

—¿Me estáis pidiendo que investigue sobre las causas de un asesinato cometido hace cien años?

—Sé que podéis hacerlo.

—Evidentemente no he sabido explicarme bien. Yo nunca he hecho algo así. Al menos no en esos términos. Jamás me he enfrentado a situaciones tan... recientes.

No, no es cierto. Ya ha sucedido.

—¿Un delito cometido hace casi un siglo representa para vos un acontecimiento... reciente? Y en cualquier caso, ¿qué diferencia puede haber para vuestra... sensibilidad?

—Ninguna, obviamente. —Eso tampoco es verdad.

—Pues bien, la oferta es de cien esterlinas.

No sé qué responder. No puedo arriesgarme otra vez. Pero la excitación es más fuerte que el miedo.

—¿Sabéis cuántas somos en este convento?

Permanezco en silencio.

—Tres, incluida la novicia que habéis visto antes. La primera novicia en veinte años. —Une las manos sobre el regazo y se acerca aún más—. Cada tarde el cura que viene a celebrar la misa bendice cuatro hostias. —Levanta la cabeza y me mira. A la luz tenue de la capilla se notan los ríos de arrugas que le surcan las ojeras—. ¿Habéis oído hablar alguna vez de lugares malditos? ¿Podéis imaginar el efecto que producen en la credulidad de la gente ignorante? Nadie cree poder encontrar a Cristo en un lugar donde se ha alojado la muerte y donde quizá haya actuado Satanás. Por eso, desde quién sabe ya cuánto tiempo, cada tarde las hostias son siempre cuatro, ni una más. Eso a pesar de que las puertas del convento siguen abiertas y los campos de alrededor bullen de familias de campesinos y artesanos que no han olvidado el sentido religioso de la vida.

—Un homicida múltiple que hizo una masacre de monjas en un convento. No me parece que haya nada oscuro.

—Ningún sospechoso. Ningún arresto. Eso ha contribuido a alimentar un clima de sugestión colectiva. Fantasmas, voces en el corazón de la noche, ruidos y gritos. Muchas monjas abandonaron el camino de la fe a causa de estas sugerencias estúpidas, y este parece un templo erigido en el desierto.

—¿Y vos creéis que descubrir al asesino a día de hoy cambiaría las cosas?

La monja asiente.

—Eso espero, porque el tiempo es su mejor aliado.

Suspiro y bajo la mirada. Esta mujer me está pidiendo lo que ni siquiera Lodge había osado pedirme jamás. Ya es inútil resistir.

—¿Testigos? ¿Supervivientes?

La madre Immanuela extiende un brazo y los dedos huesudos de su mano indican la tumba de sor Lucia, con un gesto liberatorio.

—La única superviviente de la masacre. Desde ese día no volvió a pronunciar palabra. Se encerró en su celda, a oscuras, hasta su muerte. Y cuando los sepultureros introdujeron el cadáver en el ataúd, los músculos de los párpados parecían cerrados con gran fuerza, como si hubiesen luchado durante años contra la luz. Mis hermanas consideraron que acoger sus restos en esta cripta era un acto necesario.

Más reflexiones. Más tentaciones. El aire mefítico de este lugar me está contagiando.

—¿Y bien? —inquire la monja.

El telón vuelve a abrirse. El paño rojo se desliza hacia los bastidores y veo de nuevo dos ojos femeninos que parecen implorar una respuesta.



—No puedo prometeros nada.

La monja asiente, se lleva las manos al regazo, luego al crucifijo que cuelga sobre los senos encerrados bajo la sotana.

—Pero lo intentaréis, ¿verdad?

Cuando veo que está a punto de añadir algo, me adelanto a ella.

—Imagino que habéis conservado algún documento.

Mira a su alrededor, como si quisiera despedirse con un gesto de los fantasmas del pasado, y luego se encamina hacia la escalera.

—Seguidme.